

LA CUESTIÓN

Pascua común: el CEI propone una posible solución

ECCLESIA

09_04_2025

**John M.
Grondelski**



El 3 de abril la Comisión Teológica Internacional (CTI) ha publicado un documento que subraya la importancia del 1700 aniversario del Concilio de Nicea. Este concilio ecuménico, que se reunió en el año 325 d. C., abordó importantes controversias

crisológicas y trinitarias y también estableció la fórmula para calcular la fecha de la Pascua.

Durante el pontificado de Papa Francisco, el Vaticano está impulsando con fuerza la cuestión de la “Pascua común”. De hecho, la cuestión también se menciona en el documento final de la Sínodo sobre la sinodalidad (n.º 139). Es extraño, ya que el documento debería haber reflejado las preocupaciones contemporáneas de la Iglesia. ¿La pandemia de Covid que ha cerrado las iglesias en algunos lugares durante un año no se menciona, pero sí la búsqueda de una “Pascua común”, cuyos principales partidarios parecen ser un pequeño *establishment* ecuménico profesional?

Un breve apunte histórico: en la época de Nicea, la Iglesia estaba dividida por una controversia sobre cómo establecer la fecha de la Pascua, que en parte estaba influenciada por la relación entre la Iglesia y el judaísmo. Los cuartodecimanos querían que la Pascua coincidiera con la Pascua judía, lo que significaba que la Pascua podía caer en cualquier día de la semana. Sus oponentes —y la solución final de la Iglesia— reconocieron que la mayor fiesta litúrgica de la Iglesia debía seguir vinculada al domingo, el día del Señor, el día de la Resurrección en la primera Pascua. Por lo tanto, establecieron que la fecha de la Pascua cayera el primer domingo después del primer plenilunio de primavera, es decir, cerca de la Pascua judía, que está fijada por el calendario *lunar judío*, pero en el día del Señor.

Con el tiempo, la forma en que Oriente y Occidente establecían la Pascua fue divergiendo. En parte, esto se debió a que algunas partes de Oriente insistían en que la Pascua se celebrara *después de* que la Pascua judía, que duraba varios días, hubiera terminado por completo. Pero el factor más importante que justifica esta disparidad, en mi opinión, es el hecho de que Oriente se aferra litúrgicamente al calendario juliano, un calendario que está muy desconectado de la realidad astronómica.

El calendario marca los acontecimientos astronómicos. La primavera es sobre todo un acontecimiento astronómico, no un acontecimiento ligado al calendario. La primavera es ese día en el que el día y la noche tienen la misma duración, después de lo cual el día aumenta y la noche disminuye, es decir, normalmente alrededor del 21 de marzo en el hemisferio norte.

Pero cuando el calendario de alguien está desincronizado astronómicamente en 13 días (la actual disparidad entre el calendario gregoriano y el juliano), el 21 de marzo gregoriano corresponde al 8 de marzo juliano, es decir, al final del invierno. Si se define la “primavera” para la Pascua basándose en un calendario en lugar de en la verdad

astronómica, se corre el riesgo de tener problemas.

Como la Pascua de este año es tan tardía, cae el mismo día en Oriente y Occidente: el 20 de abril. El papa Francisco y el patriarca Bartolomé de Constantinopla (Estambul) han interpretado esto como una señal para trabajar juntos hacia futuras Pascuas comunes como testimonio de la unidad que debería aunar a los cristianos. Estoy de acuerdo en que la unidad es un objetivo loable. Creo que los cristianos deberían compartir una Pascua común.

Los católicos y casi todos los protestantes ya lo hacen, porque los protestantes adoptaron el calendario gregoriano hace mucho tiempo. La mayoría de los países ortodoxos no lo hicieron hasta principios del siglo XX y solo a nivel civil. Las iglesias ortodoxas autocéfalas (las iglesias ortodoxas se rigen en gran medida según las fronteras nacionales) estaban divididas sobre la adopción de ese calendario para fines litúrgicos. Algunas lo hicieron, otras no, incluida la ortodoxa autocéfala más grande con diferencia, la rusa. Y no hay ningún indicio de que Moscú piense de otra manera.

El documento de la CTI dedica cierta atención al problema de la Pascua. Su tratamiento "limitado" es apropiado, porque los mayores éxitos de Nicea fueron cristológicos y trinitarios (y, por lo que vemos en la Alemania católica, *estas* mismas cuestiones parecen generar un retroceso entre los fieles de ese país: véase [aquí](#)).

La CTI reconoce el deseo de encontrar una fecha común para la Pascua, observando (de manera bastante imprecisa) que "el Concilio Vaticano no tenía objeciones a la introducción de un nuevo calendario" (n. 45) para lograr este objetivo. Bueno, no exactamente. El [apéndice](#) a la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, que ha estado inactivo durante mucho tiempo, en realidad dice dos cosas que la CTI parece haber confundido. En primer lugar, que la Iglesia estaba abierta, "con el consentimiento de las partes interesadas, en particular de los hermanos separados de la comunión con la Sede Apostólica", a establecer un domingo común para la Pascua. En segundo lugar, existía la idea de un "calendario perpetuo", que no tiene nada que ver con la Pascua y sí con la superación del hecho de que los días y las fechas cambian, por ejemplo, *el viernes* 4 de abril de 2025 será *el sábado* 4 de abril del año que viene.

El calendario perpetuo tiene poco que ver directamente con la Pascua, pero es un caballo de Troya: tener un calendario en el que el 4 de abril sea *siempre* un miércoles significa que habrá días que no encajen en la semana de siete días, y el Concilio Vaticano II rechazó esto de plano. (Habrá días fuera del ciclo de siete días porque ni 365 ni 366 son divisibles por siete de manera uniforme). Es un caballo de

Troya porque es un vehículo de secularización para abolir la semana de siete días coronada por el día del Señor. Este es un problema completamente diferente que no deberíamos abordar para conseguir un “algo parecido a Nicea”.

El Vaticano II propuso abordar la amplia movilidad de la Pascua restringiendo su alcance, por ejemplo, vinculándola al segundo o tercer domingo de abril. La Pascua sigue siendo móvil, pero de manera más limitada. Pero esto *no* resuelve el problema, porque el “segundo domingo de abril” es un hecho de calendario, no astronómico. Volvemos al problema original: *¿qué calendario* se está utilizando? Y, si Oriente puede aceptar una adaptación del calendario, ¿por qué no adoptar simplemente el calendario gregoriano científicamente exacto? Al trabajar con el mismo calendario, no se debería abandonar la fórmula nicena, consagrada por el tiempo, según la cual “la Pascua es el domingo después de la primera luna llena de primavera” para obligar *tanto* a Oriente como a Occidente a una “solución” completamente nueva (un fin de semana arbitrario de abril) que desconecta la Pascua de la Pascua judía, algo contra lo que advierte la CTI (n. 45). (Sobre este problema, véase [aquí](#)).

En otras palabras, planteemos la incómoda pregunta: en nombre de la unidad ecuménica, ¿por qué los ortodoxos no pueden aceptar un calendario basado en la razón además de la fe? Y si el argumento de algunos ortodoxos debe ser no solo que la Pascua judía y la Pascua cristiana están relacionadas, sino que la Pascua judía debe ser completamente superada, discutamos la distinción de la CTI: ¿en qué medida las “justificaciones antijudías” (n.º 46 y nota 62) y de quién (¿Concilio o Emperador?) han tenido influencia (y, por lo tanto, podrían dissociarse de) en la disciplina de Nicea?

¿O tal vez una solución podría venir del Consejo Ecuménico de Iglesias (CEI)? El documento del CEI de 2025, “Hacia una fecha común para la Pascua”, examina las posiciones de varias confesiones cristianas sobre la cuestión y ofrece una serie de soluciones. He encontrado una especialmente interesante porque creo que resuelve el problema del calendario sin alterar la fórmula de Nicea para vincular la Pascua con la primavera y la Pascua judía. La CEI propone que todos los cristianos tomen el hecho astronómico de cuándo ocurre el equinoccio de primavera *en Jerusalén* como el momento en que todos reconocen que “la primavera ha llegado”. Este es un hecho a partir del cual se puede partir; también el primer plenilunio posterior es un hecho astronómico, mientras que Oriente y Occidente reconocen ambos qué día es el domingo (el calendario juliano está desfasado en fechas, no en días). De esta manera, el hecho astronómico en el lugar de la resurrección de Jesús vinculará a todos los cristianos a reconocer cuándo comienza la primavera y se produce la primera luna llena,

de modo que lleguen al mismo domingo.

La idea no es descabellada. Incluso en Nicea, los Padres del Concilio necesitaban saber cuándo comenzaba la primavera y confiaron en los conocimientos científicos de los astrónomos alejandrinos. ¿Por qué no utilizar esto para superar el problema del calendario sin obligar a los ortodoxos, especialmente a los rusos, a admitir que se aferran a un calendario imperfecto?

Yo mismo preferiría forzar la cuestión del calendario, por la sencilla razón de que sin él Oriente y Occidente siguen divididos. Utilizar la fórmula astronómica de Jerusalén podría ser una forma diferente de llegar a una Pascua común utilizando las mismas normas de Nicea, pero *no resolverá* el problema de que Oriente y Occidente sigan celebrando la Navidad con 13 días de diferencia. Dado que la Navidad es fija, es decir, el 25 de diciembre, corregir el calendario es la *única forma* de resolver esta disparidad.

Pero para aquellos que están dispuestos a compartir el mismo credo, el cálculo de Jerusalén (en lugar de la arbitraria fijación de la Pascua en un “domingo de abril”, sea lo que sea lo que signifique) es la mejor manera de lograr el objetivo sin sacrificar nuestra tradición común de fijar la fiesta en Navidad.